
MARIÁTEGUI: MARXISMO Y MÍSTICA REVOLUCIONARIA

POR: ALONSO CASTILLO FLORES

“Moteados de bolcheviques, no nos hemos defendido con grima de este mote sino que lo hemos abrazado con ardimiento y fervor”.

José Carlos Mariátegui.

Pocas veces uno se puede sentir tan orgulloso de este país como cuando se refiere a figuras de la talla de Flora Tristán, José María Arguedas o González Prada y, sin duda, César Vallejo. Y es que toda sociedad, toda cultura, más que de gastronomía y arquitectura, está hecha de hombres, de sus ideas y su actividad. Tal vez sea el más genial de todos, por sus reflexiones penetrantes y su praxis idealista pero concreta, José Carlos Mariátegui. Considerado por muchos el más grande marxista de Nuestra América, el mejor crítico de su tiempo, traducido a varios idiomas extranjeros, discutido en Europa y Norteamérica; el Amauta se erige a la cima del pensamiento crítico y la política disidente en el Perú. Mariátegui era de esas personas que no se contentan con pensar y entender el curso de los hechos sino que creen que la historia la hacen ellos.

1. El método de interpretación de la realidad

José Carlos estudió la realidad peruana en sus diversas aristas: económica, política, religiosa, literaria, etc. La estudió,

según él, “conforme al método marxista” (2002: tapas interiores). Quienes no aciertan en encontrar en el rico y fértil estudio de Mariátegui el método de Marx, a menudo desconocen la complejidad del enfoque del dialéctico de Tréveris. Para el Amauta, en primer lugar, es el marxismo “un método fundamentalmente dialéctico”, “un método que se apoya íntegramente en la realidad, en los hechos” (1977: 112), definición que hace recordar al carácter concreto que Lenin hallaba en la dialéctica. Mariátegui se preocupa por las “investigaciones concretas, precisas, de datos y de hechos” (1977: 264). Es, en segundo lugar, un método interpretativo, que trasciende el dato. “Yo no me fío demasiado del dato. Lo empleo como material. Me esfuerzo por llegar a la interpretación” (1959c: 156). En la interpretación que busca Mariátegui salta a la vista su carácter histórico, político y económico.

Para una interpretación profunda del espíritu de una literatura, la mera erudición literaria no es suficiente. Sirven más la sensibilidad política y la clarividencia histórica. El crítico profesional considera la literatura en sí misma. No percibe sus relaciones con la política, la economía, la vida en su totalidad. De suerte que su investigación no llega al fondo, a la esencia de los fenómenos (2002: 247).

Mariátegui evoca al marxismo como método de interpretación, como la “interpretación marxista de la historia” que resumió Engels (s/a: 627) o el “nuevo método de interpretación marxista de la historia” del que hablaba Paul Lafargue (2001), yerno de Marx. El Amauta no recurre a ninguna interpretación hermenéutica, sino marxista, aprecia la “interpretación científica del historia” (2002; 112). En tercer término, se puede identificar en él un método analítico-sintético. Nuestro pensador busca la síntesis más allá del análisis, pero no renuncia a este. Así lo hizo notar, por ejemplo, cuando se propuso hacer “el análisis de la política soviética” (1979: 66). El Amauta busca explicar fenómenos, analizar sus causas: “Tengo el gusto —dice— de las explicaciones históricas, económicas y políticas” (1959a: 60). Una cuarta

característica: José Carlos expone un método objetivo-subjetivo, dialéctico. Algunos que se han limitado a leer un par de prólogos del *Amauta* y desdibujan su filosofía, creen que el crítico peruano se entrega al más radical subjetivismo. Muy lejos de esta postura, Mariátegui planteaba así el problema:

Mis simpatías no están con una nación ni con otra. Mis simpatías están con el proletariado universal [...]. Yo estudio los hechos con objetividad, pero me pronuncio sobre ellos sin limitar, sin cohibir mi sinceridad subjetiva: No aspiro a título de hombre imparcial, porque me ufano de mi parcialidad, que coloca mi pensamiento, mi opinión y mi sentimiento al lado de hombres que quieren construir, sobre los escombros de la sociedad vieja, el armonioso edificio de la sociedad nueva (1979: 118).

Las opiniones del *Amauta* tienen un contenido invariablemente clasista, se ajustan a los ideales socialistas y la causa de la clase obrera. Todo esto nos hace recordar el “carácter de clase” de la verdad histórica de la que hablaban los marxistas, a quienes siempre les ha irritado la supuesta imparcialidad de la ciencia social; hace recordar también la crítica de Lenin al “objetivismo” de Piotr Struve. Aun así, el *Amauta* persigue ser exacto, admira la objetividad de Trotsky, de Barbusse, de Álvarez Vayo.

José Carlos llama a la objetividad, y asume el estudio científico de la realidad. Mariátegui no es el místico irracionalista que muchos han querido construir. “La atmósfera de ideas de esta civilización —escribía— debe a la Ciencia mucho más seguramente que a las humanidades” (2002: 158), nada menos. Para nuestro pensador, “La ciencia tiene como siempre un valor revolucionario” (1980c: 103). Ese rasgo que identifica Mariátegui en las ciencias lleva indiscutiblemente la impronta de la concepción marxista. “La ciencia —indicaba— a pesar de los pesimistas augurios de quienes precipitadamente proclamaron su bancarrota cuando se acentuaron los desencantos finiseculares anexos al ocaso del positivismo, ha

continuado en Occidente pre-bélico su acción revolucionaria” (1979: 201). Mariátegui quiere un marxismo científico: “La teoría y la política de Marx se cimentan invariablemente en la ciencia, no en el cientificismo” (1987: 46). De hecho, sin perder científicidad, la concepción de Marx y Engels comprende también una teoría política, un “evangelio”, para la emancipación de la humanidad. La ciencia y la ideología en el marxismo no se oponen, son más bien solidarias entre sí.

Finalmente, el método marxista y mariateguiano es el del materialismo histórico. “El método marxista”, apunta, “busca la causa económica en último análisis” (1987: 27). Así, para José Carlos, el problema educativo es una cuestión fundamentalmente económica, el problema del indio tiene el mismo contenido: es el problema de la tierra. A más de esto, se preocupó por reinterpretar la historia económica del país, se ocupó de la Colonia, la industria y la semi-feudalidad del Perú, siguiendo de esta forma el ejemplo de Rosa Luxemburgo y Lenin de llevar la economía política marxista al estudio concreto y singular de cada país. A *El desarrollo industrial de Polonia* y *El desarrollo del capitalismo en Rusia* les siguió el *Esquema de la evolución económica* de Mariátegui mucho antes que su símil hispanoamericano, la *Formação do Brasil contemporâneo* de Caio Prado Jr. En la última etapa de su vida hizo interesantes comentarios sobre la organización de la economía bajo Henri Ford, la economía liberal y la socialista.

Existe una afirmación gratuita, muy errónea, según la cual para nuestro pensador en la historia no existían “leyes”. La realidad muestra que el Amauta apostaba por una historia científica, Mariátegui se entusiasma con el “propio desarrollo de la historiografía como disciplina científica” (1977: 184). El materialismo histórico había superado, según él, al materialismo filosófico, esto es, metafísico, vulgar, por la incompreensión de este, de “fijar las leyes de la evolución y el movimiento” (1987: 128), por

ello nos habla de “las leyes del materialismo histórico” (1987: 124). Y de esta forma las conceptúa: Toda economía prospera al ser colonizada y no simplemente explotada, el florecimiento de varias sociedades coloniales “demuestra ampliamente entre nosotros esta ley histórica” (2002: 61). Afirma también que “fácil es comprender la ley histórica” (1977: 159) según la cual las revoluciones son fenómenos internacionales y que todo proceso revolucionario es un acontecimiento trágico y doloroso, el socialismo “no puede ser una excepción en esta inexorable ley de la historia” (1959a: 167). ¡Qué poco se conoce al Amauta!, en él no hay nada de hermenéutica, fenomenología, de una cosa tan difusa y macarrónica como las *Geisteswissenschaften*, las “ciencias del espíritu” de Dilthey, ni cosa parecida, sino un materialismo que busca ser científico, que persigue regularidades históricas.

En su estudio sobre el regionalismo, se plantea similar objetivo: “Examinemos las leyes de la biología de las urbes” (2002: 218), y así lo hace en el desarrollo de sus análisis. Ni la literatura y el arte escapan de la legalidad inductiva a la que Mariátegui somete sus estudios: “La infancia de toda literatura, normalmente desarrollada, es lírica. La literatura oral indígena obedeció, como todas, esta ley” (2002: 237). “La estética de la figura humana está, en el fondo, regida por las mismas leyes que la estética de los edificios. La necesidad, la utilidad, justifican y determinan sus elementos” (1985: 130). ¿Hacen falta más ejemplos?

El creador del socialismo peruano es tenido a veces como un espíritu romántico, encerrado en los confines del arte y la literatura. En el Amauta el arte no explica, el arte se explica, se comenta. Discute en sesudas especulaciones sobre los movimientos artísticos de su época, el futurismo, el dadaísmo, el suprarrealismo; Mariátegui comenta la arquitectura del Medioevo y el cine de Chaplin; fue uno de los primeros latinoamericanos en comentar la obra de James Joyce y uno de los primeros en descubrir la

genialidad de César Vallejo, todo lo cual lo ubica como uno de los más conspicuos críticos literarios y del arte en el terreno del marxismo, un verdadero esteta.

Pero, nuevamente, a Mariátegui lo que más le importa es el contenido clasista y político de cada obra, de cada corriente. Eso demuestra, por ejemplo, su ensayo sobre “El proceso de la literatura” en el Perú. La novela es para él un fenómeno esencialmente burgués, Palma representa a una mesocracia que no llegó a convertirse en burguesa; Eguren tiene un espíritu aristocrático, el mismo que no le impedía a Valdelomar valorar a la gente humilde; Melgar expresa sentimientos indígenas, campesinos, que con Vallejo aparecen “virginalmente” por primera vez en el país. Además, la politización del arte no es algo que espantaba a José Carlos, muy por el contrario, su ideal del artista era el que se involucraba en lo político:

El grande artista no fue nunca apolítico. No fue apolítico el Dante. No lo fue Byron. No lo fue Víctor Hugo. No lo es Bernard Shaw. No lo es Anatole France. No lo es Romain Rolland. No lo es Gabriel D'Annunzio. No lo es Máximo Gorki. El artista que no siente las agitaciones, las inquietudes, las ansias de su pueblo y de su época, es un artista de sensibilidad mediocre, de comprensión anémica (1985: 20).

Era pues Mariátegui un hombre preocupado en la política de su tiempo, que denunció a la clase dirigente del país por aletargar su feudalidad y subastarlo al imperialismo, principalmente estadounidense. Mariátegui se solidarizaba con los movimientos indígenas del país, se sumó a la causa de la Reforma Universitaria y fue un decidido defensor de la teoría y práctica del comunismo internacional, organizó a la clase obrera en la CGTP y creó el Partido Socialista del Perú.

2. El método de la revolución socialista

A menudo se niega el que Mariátegui haya sido comunista basándose en este último hecho. Pues lo cierto es que él no necesitaba valerse de rótulos y clichés como lo harían otros. El Amauta era un ferviente devoto de la Revolución Rusa, y un propagandista de las insurrecciones obreras que estremecieron la Europa de la entreguerras. Quienes afirman que el marxista peruano no encaja en la ideología comunista porque fundó el Partido Socialista, no solo olvidan que creó también una Célula Comunista en Génova, sino que además tendrían que aceptar la absurda idea de que Lenin no era comunista cuando militaba en el Partido Socialdemócrata y agitaba el socialismo. Negar el comunismo mariateguista con argumentos tan flácidos sería como negar el comunismo de Engels por llamar al marxismo un *socialismo científico*. En los años 60 dos de los pocos partidos comunistas en el poder que rechazaron el reformismo ruso y mantuvieron el espíritu bolchevique fueron precisamente *El Partido de los Trabajadores de Albania* y el *Partido de los Trabajadores de Korea*. Nadie quisiera aceptar que los magnates y burócratas chinos y los clientes vietnamitas de los EE.UU. son comunistas por el simple hecho de representar al “Partido Comunista”. Contentarse con semejantes argumentos solo muestra la mediocridad de quien no se detiene a estudiar el fenómeno como lo haría Mariátegui, basándose en la historia y en los hechos.

José Carlos, con una clarividencia sin igual para estudiar la dialéctica de la revolución internacional, se da cuenta que en el Perú el movimiento social está rezagado de Europa y Rusia. Si Lenin y Gramsci combatían el “cretinismo parlamentario” de los Plejanovs, de los Turatis, era porque el socialismo llegó a un cisma. La habilidad táctica de Mariátegui, basada en esta tesis “historicista”, lo lleva a sustentar que el Perú tenía que atravesar por su primera etapa

y agrupar a todas las fuerzas progresistas bajo la bandera del socialismo.

En Europa, la degeneración parlamentaria y reformista del socialismo ha impuesto, después de la guerra, designaciones específicas. En los pueblos donde ese fenómeno no se ha producido, porque el socialismo aparece recién en su proceso histórico, la vieja y grande palabra conserva intacta su grandeza. La guardará también en la historia, mañana, cuando las necesidades contingentes y convencionales de demarcación que hoy distinguen prácticas y métodos, hayan desaparecido (Mariátegui, 1977: 249).

En el Perú socialismo, en Génova comunismo. El contenido es el mismo, en esencia, revolucionario. Mariátegui distingue dos métodos en el socialismo: el minimalista y el maximalista, el primero no trasciende un programa mínimo, el segundo apunta a un objetivo máximo. Este es revolucionario, aquél evolucionista. El bolchevismo es maximalista, el reformismo minimalista.

La lógica del socialismo le conduce a su inevitable división, sus alas moderada y radical se terminan separando en un proceso más o menos corto. En Rusia, Lenin se separó definitivamente de los reformistas, lo mismo hicieron los comunistas italianos. El Amauta buscó agrupar a todos los sectores obreros en un Frente Único, no pasó un lustro y Mariátegui comienza a romper con uno y otro movimiento oportunista, barnizado con demagógicos discursos. A la caricatura del Amauta “tolerante”, “plural”, hay que contraponerle la propia historia escrita por nuestro gran pensador y su Partido. Su desenlace lo lleva a afirmarse como Partido obrero hostil a cualquier intromisión burguesa. Así lo indicaba Mariátegui:

[...] la vanguardia del proletariado y los trabajadores conscientes, fieles a su acción dentro del terreno de la lucha de clases, repudian toda tendencia que signifique fusión con las fuerzas u organismos

políticos de las otras clases. Condenamos como oportunista toda política que plantee la renuncia momentánea del proletariado a su independencia de programa y acción, la que en todo momento debe mantenerse íntegramente. Por esto repudiamos la tendencia del Apra [...] tendencia confusionista y demagógica, frente a la cual es preciso esclarecer una posición proletaria (1977: 211).

En vida, nuestro “agonista” combatió a cuanta organización identificaba como conciliadora, como adormecedora de las masas: al Apra, a los mutualistas, al Partido Laborista, etc. Mariátegui se alza contra “los mitos usados por los predicadores de la armonía o la conciliación de las clases” (1977: 201), contra la propaganda “dirigida a adormecer al proletariado industrial” (198).

El iniciador del socialismo peruano se distingue de sus pares de la Internacional Comunista menos de lo que se cree. Así, los comunistas chinos, en un proceso análogo —no por ello menos particular—, antes de establecer su partido formaron parte desde 1919 de un frente antiimperialista, el “Movimiento del 4 de Mayo” en donde se agruparon con intelectuales de la pequeña y mediana burguesía.

El proyecto de José Carlos Mariátegui iba de la mano con la dirección de las revistas *Amauta* y *Labor* en las que se publicaron escritos de Miguel de Unamuno, Piero Gobetti, Waldo Frank, Sigmund Freud, e innumerables teóricos de dentro y fuera del marxismo. Honestamente, una revista similar dirigida por Lenin o Mao sería inimaginable. Se dice a veces que fue *L'Ordine Nuovo* de Gramsci y *La Rivoluzione Liberale* de Gobetti las que inspiraron a Mariátegui para agrupar a los intelectuales. Nada nos impide aceptar esta sugestiva hipótesis, pero debemos dar a conocer lo que muchas veces se olvida: que el modelo de Mariátegui fue la *Clarté* y la *Monde* del Henri Barbusse. Esta última tenía en su Comité Director a Einstein, Gorki, Unamuno y otras luminarias. Después de exponer los aspectos del periódico de Barbusse, “revolucionario honrado, de

gran corazón e inteligencia” (1977: 117), José Carlos aclara: “Las anteriores consideraciones son pertinentes para la explicación de nuestro experimento de “Amauta” y ”LABOR” (178). Mariátegui conoció al novelista francés, mantuvo una constante correspondencia con él, comentó sus novelas y reportajes, varios textos y documentos de Henri se publicaron en Amauta, y la amistad entre ambos intelectuales fue de mutuo y sincero respeto. El alago de José Carlos para el director de *Monde* le hacía afirmar cosas como esta: “Ningún literato en Occidente manifiesta en su arte, la misma ternura por el hombre, la misma pasión por la muchedumbre que Henri Barbusse” (1959b: 162). El escritor se unió al Partido Comunista Francés, apostó por la revolución y llegó a ser un declarado admirador de Stalin, a quien dedicara una biografía apologética. La práctica de la organización de la intelectualidad progresista en Mariátegui no era pues ajena al movimiento comunista.

No hace falta recordar lo tanto que se puede diferenciar a Mariátegui, en teoría y práctica, de Stalin. Los “pensadores críticos” lo han hecho hasta el cansancio. En el Amauta no se puede percibir jamás las simplificaciones en las que caía a menudo Stalin, y sus excesos no tienen ningún correlato con la praxis mariáteguista. Sin embargo, imaginar un muro de piedra entre ambos no nos ayudaría sino a figurarnos un Mariátegui que nunca existió. El Amauta, a diferencia de él, podía reconocer generosamente cuanto de bueno veía en uno y otro pensador liberal o hasta reformista. Esta actitud de Mariátegui, sin embargo, juega a favor del “Hombre de Acero”. Una de las figuras más veneradas por José Carlos fue Romain Rolland, místico, pacifista, Premio Nobel de Literatura. “Tenemos derecho a sentirnos sus discípulos”, dijo el Amauta (1959a: 131). Rolland era “la más noble vibración del alma europea en literatura contemporánea” (132). Pues bien, este espíritu puro y honestamente religioso se solidarizó con la Revolución Rusa, y en la época de Stalin se hizo amigo del país de los Soviets al que defendía en

Europa a capa y espada. Lo mismo se puede decir de algunos socialistas fabianos, liberales como todo británico: Bernard Shaw y H. G. Wells, a quienes el Amauta supo valorar no sin reprocharles su “evolucionismo”. Estimaron a Stalin convirtiéndose, como Rolland y Barbusse, en verdaderos blasfemos de los círculos intelectuales europeos, conservadores y liberales.

Su gran admiración por los análisis y las críticas de Trotsky, no le impedían al fundador del Partido Socialista reconocer los aportes de Stalin. Para Mariátegui, con el estadista georgiano, Rusia seguía en el camino de la revolución y protestaba contra lo que consideraba las calumnias, la “propaganda anti-soviética” (1980a: 206) contra las “expectativas interesadas de la burguesía occidental” (1980a: 213), según las cuales Stalin estaba restaurando el capitalismo en el país de los Soviets. El Amauta hizo una reseña sobre *Rusia a los doce años* (1978: 104-109), de Álvarez del Vayo, calificado por Mariátegui como “un maestro en el arte del reportaje” (104) que, a su decir, estudió el fenómeno soviético con acierto, inteligencia, sagacidad, libre de doctrinarismo. Álvarez encuentra en Stalin “un luchador de extraordinarias condiciones” (107) nada propenso al lujo y a la concupiscencia. Con este material, Mariátegui comenta a favor de la colectivización de la tierra, la industrialización del país y la reeducación y defensa militares de Rusia. Mariátegui ve que, a diferencia de Trosky, Stalin poseía “un sentido más real de las posibilidades” y “mayor capacidad objetiva de realización del programa marxista” (1980b: 28), el hombre indicado, eslavo puro, para la fase nacional de la revolución, de la cual no reniega. Más aún, en *Amauta* publica el texto “Hacia la socialización de la agricultura”, del “Zar Rojo”.

No se trata aquí, ni mucho menos, de discutir el “stalinismo”, sino de develar la posición de Mariátegui sobre el líder soviético. Para opinar correctamente sobre el caso, es preciso acercarse a lo que dijo el propio Amauta en sus artículos de *Figuras y*

aspectos de la vida mundial y su comentario de Álvarez del Vayo. Por el momento, queda claro que en Mariátegui, como en Álvarez, Barbusse, Rolland, Shaw y Wells, el “Hombre de Acero” no es el monstruo de leyenda nórdica que estamos acostumbramos a ver en documentales y libros.

La experiencia de Mariátegui nos permite concluir que incluso dentro del “estalinismo” existían diferentes maneras de llevar a la práctica la teoría Marxista. Las ideas del Amauta fueron condenadas dentro del movimiento comunista por Eudocio Ravines en el Perú y Victorio Codovilla a nivel de América Latina como una desviación del leninismo. Este terminó a la muerte de Stalin acatando dócilmente el reformismo moscovita y el primero se convirtió en un declarado liberal anti-comunista. Hombres de modas, acabaron tan lejos de Lenin como el “evolucionismo” que fustigarán los bolcheviques. Mariátegui no es el estalinista que idealizó Jorge del Prado, está a la antípoda de Ravines y Codovilla, pero se ubica en la misma trinchera que Henri Barbusse.

Las penetrantes conclusiones de José Carlos le hacían entender que las revoluciones usualmente no eran procesos pacíficos y no estaban exentas de cualquier tipo de excesos: “no hay revolución mesurada, equilibrada, blanda, serena, plácida. Toda revolución tiene sus horrores” (1985: 59). Como para todo seguidor de Marx, para Mariátegui “la revolución es la gestación dolorosa, el parto sangriento del presente” (1959b: 21).

Mariátegui simpatizaba no en poca medida con Romain Rolland, como lo vimos, y con Gandhi. Lo que criticaba en ambos era su pacifismo en el que veía ingenuidad e ineficacia. Para el Amauta, Rolland “se equivoca cuando condena tolstoyanamente la violencia” (1959a: 135). Los grandes ideales en José Carlos se conseguían con ayuda de la fuerza. Rolland comparte “y comprende las utopías y los sueños sociales, aunque repudie contagiado de

misticismo de la no-violencia, los únicos medios prácticos de realizarlos” (1985: 28). En su crítica a Gandhi concluye: “La ex confesión de la violencia es más romántica que la violencia misma” y agrega: “Los revolucionarios de todas las latitudes tienen que elegir entre sufrir la violencia y usarla” (1959b: 198-199). Nuestro pensador creía pues que este fenómeno era nada menos que una ley histórica.

La revolución no es una idílica apoteosis de ángeles del Renacimiento, sino la tremenda y dolorosa batalla de una clase por crear un orden nuevo. Ninguna revolución, ni la del cristianismo, ni la de la Reforma, ni la de la burguesía, se ha cumplido sin tragedia. La revolución socialista, que mueve a los hombres al combate sin promesas ultraterrenas, que solicita de ellos una extrema e incondicional entrega, no puede ser una excepción en esta inexorable ley de la historia (1959a: 167).

Se podría objetar que los métodos insurreccionales tienen sus limitaciones, y no encuentran efectividad en el socialismo de hoy en día. Nada de esto es falso; sin embargo, por mucho que el mundo haya cambiado desde los tiempos del Amauta, la violencia sigue acompañando el curso de la historia. A ella recurrieron los gestores de la “Primavera Árabe”, de ella se valen muchos pueblos originarios para rechazar cualquier intromisión extranjera, en ella creen los fundamentalistas musulmanes y en ella creen, sobre todo, los EE.UU. con sus aventuras imperialistas y sus guerras de rapiña, sus películas taquilleras y sus demenciales videojuegos, con ese desafortunado culto al idealizado superhéroe yanqui. Hoy en día resulta tan ridículo pedirle a un escocés que se levante en armas para lograr su secesión del Reino Unido como exhortar a los palestinos a que las dejen en nombre de su liberación nacional. No se trata, como decía Sorel, de justificar la violencia sino de comprender su función histórica. La filosofía social contemporánea ha sentido hoy más que nunca la necesidad de estudiarla, así lo demuestran los trabajos de

Agamben, Morin y Baudrillard, Zizek, Vattimo, Balibar, Badiou y Sánchez Vázquez sobre el tema. En ese sentido, Mariátegui no pierde vigencia.

En un Perú en el que los levantamientos campesinos estaban a la orden del día, cosa común para la política de la época, Mariátegui propuso: “Armamiento de obreros y campesinos para conquistar y defender sus reivindicaciones” (1977: 86), era la época de los grandes movimientos milenaristas. El Amauta es hijo de su tiempo, es un típico revolucionario de la entreguerras, tiempo —diferente al actual en su pensamiento colectivo— que homenajeaba al héroe de combate. Mariátegui veía en las insurrecciones obreras la salvación de Europa ante sus guerras interimperialistas. Después de todo, las guerras mundiales siempre las causó el capitalismo, los bolcheviques prometieron retirar a Rusia del conflicto, y lo cumplieron. La dialéctica de la guerra y la paz es más complicada que lo que nos ofrece el chato discurso pacifista.

Se ha dicho varias veces que Mariátegui era soreliano. No se ha dicho correctamente tantas por qué es que Mariátegui quería tanto a Sorel. Dejemos al Amauta contestar esta pregunta: “Sorel, esclareciendo el rol histórico de la violencia, es el continuador más vigoroso de Marx en ese periodo de parlamentarismo social-democrático” (1987: 21). Admirador de Lenin, Georges Sorel era un anti-reformista tildado de apóstol de la barbarie por sus *Reflexiones sobre la violencia*, tan influyentes en el visionario peruano.

Con todo, el Amauta se define como hombre de pensamiento revolucionario. Fustiga todo reformismo: los líderes de la Segunda Internacional, criticaba, “continúan creyendo, como hace veinte años, en la posibilidad de una dulce transición del capitalismo al socialismo” (1959b: 115). Para Mariátegui, los “viejos líderes, los Ebert y los Kautsky en Alemania, los Turati y los

Modigliani en Italia, los Bauer y los Renner en Austria, sabotearon la Revolución” (1987: 115). Podemos considerar lo siguiente como una prueba de la adhesión de Mariátegui al socialismo de Lenin y la Tercera Internacional, el comunismo. Se trata de su carta a Samuel Blunberg impresa en las tapas interiores de sus *Signos y obras* (1978).

Soy revolucionario. Pero creo que entre hombres de pensamiento neto y posición definida es fácil entenderse y apreciarse aun combatiéndose. Sobre todo, combatiéndose. Con el sector político con el que no me entenderé nunca es el otro: el del reformismo mediocre, el del socialismo domesticado, el de la democracia farisea. Además, si la revolución exige violencia, autoridad, disciplina, estoy por la violencia, por la autoridad, por la disciplina. Las acepto, en bloque, con todos sus horrores, sin reservas cobardes.

Este era José Carlos Mariátegui, nuestro mejor ensayista, el mejor crítico de Hispanoamérica, el más original marxista del continente, como ha sido continuamente calificado; el hombre con cuyo nombre han sido bautizados colegios y universidades, calles y parques, a lo largo y ancho del país. Un espíritu tan honesto para aceptar su visión de la violencia merece que se le exponga con la misma honestidad, sin los tapujos ni los prejuicios de todos los que se han empañado en mostrar un Mariátegui pacifista, una paloma de cuento de hadas que jamás existió. No, el Amauta desde que se hizo socialista levantó siempre banderas rojas, nunca blancas. Eran las banderas que al otro lado del mundo enarbolaban la revolución, el leninismo.

Los “Principios Programáticos del Partido Socialista” (1977: 159-162) develan el carácter comunista y leninista de su contenido. Estos son los diez principios: 1 y 2. El carácter internacional de la economía y del movimiento revolucionario, 3. El agudizamiento de las contradicciones de la economía capitalista, 4. El estadio imperialista del capitalismo, 5. El carácter semicolonial y semifeudal

de la economía peruana, 6 y 7. La solución socialista de los problemas de la tierra y de la educación, 8. El paso de la revolución democrática burguesa a la revolución proletaria y 9. El Partido como vanguardia del proletariado. Este es el programa basado en los fundamentos de Lenin, por ello el Amauta indica que “La praxis del socialismo marxista en este período es la del marxismo-leninismo” (160). El sindicalismo de Sorel, a decir del Amauta, “ha envejecido y degenerado, no más ni menos que el antiguo parlamentarismo, contra el cual reaccionó e insurgió” (1977: 112); el leninismo, era en todo caso el camino revolucionario de su tiempo. Así lo percibió: Lenin “ha descubierto un método y una praxis realmente proletarios y clasistas y ha forjado los elementos materiales de la Revolución” (2001).

Reconocer abiertamente los aportes de personajes de dentro y fuera del marxismo era algo que siempre caracterizó a Mariátegui. Admiró a Croce y, sobre todo a Gobetti y a Sorel, apreció ideas de Nietzsche y de Bergson, comentó con simpatía las obras de Waldo Frank, Romain Rolland e innumerables pesadores más. Con todo, llama la atención que para el Amauta, la figura más importante de su tiempo fue Lenin. A él le dedicó su “Elogio de Lenin” (1979: 168-169), y a la muerte del líder bolchevique escribió con dolor y emoción revolucionaria: “El proletariado ha perdido al más grande de sus conductores y de sus líderes. Al que con mayor eficacia, con mayor acierto y con mayor capacidad ha servido a la causa de los trabajadores, de los explotados, de los oprimidos”. Lenin “poseía una extraordinaria inteligencia, una extensa cultura, una voluntad poderosa y un espíritu abnegado y austero”. Agrega a estas cualidades “una facultad asombrosa para percibir hondamente el curso de la historia y para adaptar a él la actividad revolucionaria” (2001). Lenin ocupa para José Carlos “un puesto principal en la historia de la redención de los trabajadores”. El gran bolchevique “abolió la explotación capitalista en un pueblo de ciento veinte

millones de hombres, defendió la revolución de sus enemigos internos y externos y organizó la Tercera Internacional” (2001).

Con frecuencia se compara a Mariátegui con Antonio Gramsci, el comunista italiano (por ejemplo, Lazarino, 2013). Sus coincidencias van desde la influencia que sobre ellos ejercieron Benedetto Croce, Sorel, y Antonio Labriola hasta sus conclusiones sobre el fordismo y el mito soreliano, su crítica al positivismo, sus análisis del fascismo, sus comentarios del futurismo y su preocupación por los problemas de la cultura. Por supuesto, estas similitudes a veces han servido de excusa para alejar a ambos de Lenin. Así, no siempre se recuerda la aceptación del leninismo como ideología del Partido que ambos condujeron. Gramsci fue un apasionado seguidor de Lenin y su pequeño texto “La obra de Lenin” constituye un encomio del líder bolchevique muy parecido al “Elogio de Lenin”, del Amauta. Gramsci (1981: 244), después de llamar a la bolchevización del PCI, combate contra lo que consideraba “un riesgo de desviación de izquierda de la ideología marxista y leninista”. ¿Cuál es el ánimo de separar a estos grandes revolucionarios?

3. Ortodoxia y heterodoxia, ¿de qué?

Dentro de la taxonomía marxista existe una famosa división excesivamente esquemática en el cual a los marxistas ortodoxos (Plejanov, Lenin, Stalin, etc.), se les oponen los heterodoxos (Lukács, Gramsci, Mariátegui, etc.). La pobreza de análisis y ociosa actitud para la investigación motiva recurrir acríticamente a este esquema. Quienes caen en esta actitud no reparan ni siquiera en el hecho de que Gramsci, al igual que Lukács, tiene una perspectiva propia de la ortodoxia, dentro de la cual trataba de ubicarse.

[...] el concepto de “ortodoxia” debe ser renovado y vinculado a sus orígenes auténticos. La ortodoxia no debe ser buscada en este o

aquel de los partidarios de la filosofía de la praxis, en esta o aquella tendencia relacionada con corrientes extrañas a la doctrina original, sino en el concepto fundamental de que la filosofía de la praxis se "basta a sí misma", contiene en sí todos los elementos fundamentales para construir una total e integral concepción del mundo, una total filosofía de las ciencias naturales (Gramsci, 1971: 166).

Gramsci critica la "ortodoxia" de Plejanov y Bujarin no por ser demasiado fiel al marxismo sino, muy por el contrario, por subordinarlo al materialismo vulgar, filosófico. Nótese ahora el gran contraste con la posición de Mariátegui (1987: 44): "Vitalismo, activismo, pragmatismo, relativismo, ninguna de estas corrientes filosóficas, en lo que podrían aportar a la Revolución, han quedado al margen del movimiento intelectual marxista". Para Gramsci, buscar sostenes teóricos en otras filosofías implica claudicar ante la ideología burguesa, Mariátegui muy distintamente cree inevitable y necesario recurrir a ellas. Esto no significa que el pensador italiano no se valga de conclusiones foráneas al materialismo histórico en sus análisis, sino que, a diferencia de Mariátegui, no creía necesario incorporarlas en la "filosofía de la praxis". ¡Qué mal se comprende a Gramsci! Lo desconcertante de esto —desconcertante, seguramente, para los teóricos de la "heterodoxia"— es que Mariátegui cabe en el concepto de ortodoxia de Lukács y en el de Lenin. Para el primero, la ortodoxia se refiere exclusivamente al método, cosa harto conocida por los estudiosos del marxismo; en el segundo, la ortodoxia se refiere fundamentalmente a la revolución y se opone al revisionismo de Berstein, al reformismo. El Amauta, como lo expresa siempre, es indiscutiblemente dialéctico y revolucionario.

Así de complejos son los problemas de la ortodoxia, concepto escurridizo y ambiguo. Esto se hace más notorio cuando lo vemos en los escritos del Amauta, José Carlos no se preocupa por definirlo; más que una categoría es para él un calificativo, una actitud. Mariátegui relativiza la idea misma de ortodoxia. Así lo

vemos en sus tesis sobre Trotsky, este es a veces ortodoxamente marxista pero no un leninista ortodoxo. Se aferra a algunos postulados de Marx sin estudiar su viabilidad práctica, y su alejamiento del leninismo lo devela como alguien que no sabe del arte de conducir un partido. En consecuencia, la “ortodoxia” depende en todo momento del aspecto del marxismo que se resalte. A veces útil, a veces dañina.

Sin embargo, tanta complejidad no nos da derecho a perdernos en sus redes. Hay algo muy común en Lenin, Gramsci y Mariátegui: los tres critican la “ortodoxia” de los reformistas, de Plejánov, de Kautsky. Los tres son revolucionarios, anti-evolucionistas. A fin de cuentas, los tres nunca han dividido el marxismo en “ortodoxos y heterodoxos” sino en revolucionarios y reformistas. He ahí lo esencial.

Podría pensarse que, a diferencia de Mariátegui, los seguidores más destacados de Marx cerraron celosamente las puertas de la teoría socialista ante cualquier tentativa de injerencia intrusa. Gran error. El propio Engels enriqueció el materialismo histórico con los estudios del comunismo primitivo de Lewis H. Morgan y del cristianismo primitivo de Bruno Bauer. Lenin fue fuertemente influido por la teoría militar de von Clausewitz y la tesis del imperialismo de Hobson, pacifista burgués; se inspiró en la novela del demócrata revolucionario N. G. Chernichevsky, el *Qué hacer*, cuyo título reprodujo en un texto célebre; y aprendió de la filosofía popular pragmatista de EE.UU: el sentido práctico norteamericano con el que alimentó su estilo de trabajo. Cualquiera que haya estudiado detenidamente la dialéctica de Mao Tse-tung sabe que el “Gran Timonel” no temía cobijar en ella las ideas de Lao Tse, Confucio, Mencio, Sun Tsu y cualquier historiador y escritor clásico chino que le valga la pena.

Si la “heterodoxia” se trata de desarrollar la ideología, de arribar a conclusiones nuevas, de negar lo caduco, entonces Lenin es el más “heterodoxo” de todos. Contra la aburrida escolástica de los líderes de la II Internacional impuso la revolución en un país atrasado, creó la teoría del “Partido de revolucionarios a tiempo completo”, condujo el socialismo valiéndose a veces de formas capitalistas (la NEP, por ejemplo), les dio la bienvenida a los movimientos de liberación nacional. Todas estas ideas resultaban inconcebibles para Marx y fueron acatadas “ortodoxamente” por Gramsci y Bela Kun, por Mariátegui y Recabarren. Con razón dijo animoso Gramsci (2013: 39-42) que la Revolución de Octubre era una “revolución contra *El Capital*”. Esta era la única forma de conservar vivo el marxismo, Lenin fue un “hereje” que resguardó el corazón mismo de la ideología proletaria: la revolución. Eso aprendió Mariátegui y no lo negó: “Lenin, nos prueba, en la política práctica, con el testimonio irrecusable de una revolución, que el marxismo es el único medio de proseguir y superar a Marx” (1987: 126).

El ánimo de quienes, cegados por su repudio al comunismo, niegan la posición rectora que ocupa Lenin en la concepción de Mariátegui ha llegado a un extremo. Este año se publicó en nuestra ciudad una nueva edición del texto de Juan Carlos Valdivia Cano *La Voluntad de crear*, en la que según del profesor agustino (2015: 111) el Amauta es un bergsoniano: “Mariátegui consideraba *La evolución creadora* como “el acontecimiento más importante de los primeros veinticinco años del siglo” ¿Por qué tanta veneración por Bergson?”. (Nótese la pretensión de cita textual). A cualquier marxista que considere un libro intuicionista, por mucho que sea de alguien de la estatura intelectual de Bergson, un hecho más importante que la revolución rusa se le puede cuestionar su postura leninista. Sin duda. En realidad, lo que afirmó Mariátegui fue lo siguiente: “*La evolución creadora*, constituye, en todo caso, en la historia de estos 25 años, un acontecimiento mucho más considerable que la creación del reino

serbio-croata-esloveno” (1979: 198), esto es, Yugoslavia. De esta forma, el mistificador del Amauta no solo tergiversa el pensamiento mariateguiano con una torpeza mayúscula, sino que adultera sin escrúpulos sus propios escritos, deformando la concepción del gran revolucionario. Semejante manera de “argumentar”, semejante carencia de honestidad intelectual, debe ser rechazada por quienes se preocupen mínimamente por perseguir la verdad y por quienes intenten reproducir fielmente las ideas de Mariátegui. Las interpretaciones se deben tolerar; la mentira y la criollada, jamás.

Mariátegui se sentía ciertamente atraído por Bergson, cosa que sorprendentemente compartía con Gramsci, quien dijo que “Bergson es una montaña y nuestros positivistas eran ranas en un pantano” (1977: 242), a la vez que impugnaba el irracionalismo y la arbitrariedad del filósofo francés (1971: 193). Cosa similar vemos en el Amauta. José Carlos reconocía en la obra de Bergson su tremenda influencia en la Europa continental del primer cuarto del siglo pasado, en Shaw, en Proust, en el dadaísmo, en el sindicalismo revolucionario. Eso era todo. El Amauta hace estas aseveraciones como epílogo de su *Historia de la crisis mundial*, en la que dedica alrededor de 50 páginas a las revoluciones rusa, húngara y alemana. Cuando es preguntado por “el movimiento revolucionario-idealista de mayor trascendencia en los últimos tiempos”, el Amauta responde: “La revolución rusa, incontestablemente” (1959c: 158), cuando le cuestionan sobre “los hombres más representativos del momento actual en el mundo”, contesta: “Lenin, Einstein, Hugo Stinnes” (141), y rechazando la pregunta metafísica del “concepto de la vida”, señala tajantemente: “El físico Einstein interesa al mundo más que el metafísico Bergson” (138). No hay indicio de un Mariátegui que “venere” al intuicionista francés; quien tiene, como ha sido anotado, un “puesto principal en la historia” es para José Carlos indudablemente Lenin.

Cosa de particular interés es la adopción del Amauta de algunos criterios de Nietzsche. José Carlos suele ser por ello injustamente catalogado como nietzscheano por los que confunden el condimento con la esencia, por quienes toman la parte por el todo. Para sorpresa del que no conozca la apasionante historia de los “nietzscheanos” de izquierda marxista, la admiración de Mariátegui por el filósofo alemán no lo aleja del bolchevismo, sino por el contrario lo hermana más. La crítica de Nietzsche al filisteísmo cristiano y al pacifismo vacío es una de las cosas que más motivaba a varios líderes soviéticos. No solamente Máximo Gorky y Vladimir Mayakovsky fueron comparados con Nietzsche —así lo hizo Trotsky— y se les buscó una relación directa con la filosofía vitalista, sino que fueron varios los bolcheviques que se pronunciaron explícitamente a favor de él: Anatoli Lunacharski, Alejandra Kollontai, Georgy Chicherin y Larisa Reisner (Rosenthal, 2002: 73-74; 1994: 257). Comisario de Instrucción pública el primero, comisaria de higiene la segunda, de relaciones exteriores el tercero y esposa del comisario de fuerzas navales la última. ¡El mismo Estado soviético estaba con sus ministerios “infestado” de ideología “nietzscheana” desde su creación! Lo más emocionante de este episodio es que Mariátegui no solo conocía de la vida de estos ilustres hombres, sino que todos ellos inspiraban su más sincera admiración, su solidaridad de clase. Gorky era para Mariátegui el gran novelista de los miserables, Mayakovsky, el sumo poeta de la revolución rusa, Lunacharsky era quien más revolucionaba Rusia en el campo pedagógico, la Kollontai era la primera mujer con una legislación a su cargo y Larisa —la más elogiada por el Amauta— era una gran artista, gran escritora, heroína de la revolución, una gran combatiente, una “Juana de Arco proletaria”. En suma, Mariátegui resalta en todos ellos su papel en la construcción de socialismo en Rusia, su lugar específico en la epopeya de los Soviets.

Todos eran marxistas, Nietzsche no ocupaba más que un lugar periférico en su pensamiento, al igual que en Mariátegui. Por

muy exuberantes y seductoras que sean las críticas del sabio de Zaratustra, ninguno de ellos rozaba con sus posiciones políticas. Nietzsche es anímica y teóricamente un reaccionario de viejo tipo, programática y activistamente es un nihilista apolítico. A José Carlos le repelía todo nihilismo y toda postura reaccionaria. El pensamiento del Amauta es tan rico, tan coherente y robusto que muchos quieren hallar sostén de sus ideas en él. Huérfanos de grandes teóricos nietzscheanos, bergsonianos y posmodernos en el país, personas como el Sr. Valdivia se empeñan caprichosamente en ajustar la concepción de Mariátegui a sus propios gustos filosóficos.

Por lo general, podemos decir que cuando Mariátegui asume una idea, un concepto, de un pensador ajeno al marxismo, vitalista, irracionalista, es para dar a conocer los elementos volitivos de la actividad revolucionaria a la que se encomendaron tantos hombres y mujeres. La influencia que más interesa a Mariátegui respecto a Bergson es la que cae sobre los “mitos revolucionarios” de Sorel; cuando sigue a Nietzsche para “meter toda su sangre en sus ideas” evoca a una pasión del escritor comprometido con su pueblo; en Mariátegui la “voluntad de poder” se hace la voluntad de luchar, la “agonía” de Unamuno, es eso: lucha. Al Amauta le gusta mucho la “corrección” a Descartes hecha por Luis Bello: “combato, luego existo”.

La genialidad de nuestro pensador, vista así pocas veces, estriba en el hecho de que él se apropia de las propuestas más combativas y quijotescas que encuentra en esos pensadores, y lo hace con una astucia envidiable y una elegancia única: no vocifera contra ellos, no les es ingrato, pero tampoco se ahorra sus críticas y distanciamientos. Mariátegui expropia a cada filósofo de sus ideas más explosivas para pensar el marxismo más correctamente de como se acostumbra, y para resaltar el hecho de que solo el socialismo revolucionario era capaz de realizar los sueños de todo utopista, porque era la utopía más realista. El Amauta se empeña —y lo

consigue a plenitud— en ornamentar el marxismo con la finura de su pluma, para que no se confundan las exposiciones rígidas en las que a veces caía con el espíritu de construcción, de creación, de lucha que mueve a todo comunista. “Vivir peligrosamente”, decía Nietzsche, el Amauta arrebató estas máximas no solo con convicción, sino también, con razón. Qué revolucionario no vive peligrosamente, “llevar la vida en la punta de los dedos”, decían muchos comunistas con la más religiosa exaltación. El marxista vive más peligrosamente que Nietzsche, es más agónico (combativo) que Unamuno, es más optimista que Vasconcelos. Mariátegui hace uso de las ideas de uno y otro, pero exalta la práctica combativa del héroe: Piero Gobetti, Larisa Reisner, Lenin, eran ellos los que hacían historia y no los otros. Y el héroe que más gana sus simpatías eran las masas. “El héroe anónimo de la fábrica, de la mina, del campo; el soldado ignoto de la revolución social” (1959c: 141).

4. Desmitificando el mito

El socialismo es para el Amauta una religión, ¿no era, para los marxistas, la religión el opio del pueblo? Es que el Amauta separa ingeniosamente dos elementos en la religión. El Amauta se aleja de las “gentes que identifican religiosidad con “oscurantismo”” (2002: 164). *Oscurantismo* es el opio, la alienación que condenaba Marx; la *religiosidad* era la pasión con la que el mismo Marx se entregó a la causa obrera. Religiosidad “es misticismo, pasión” (Mariátegui, 2002: 183). El hombre, decía el padre del marxismo, es “un ser *apasionado*. La pasión es la fuerza esencial del hombre que tiene enérgicamente hacia su objeto” (Marx y Engels, 1966: 117). Esa era la pasión que lo llevó a sacrificar su tiempo, su economía, su propia familia, era un Cristo y Mariátegui lo sabía.

[...] si Unamuno medita más hondamente en Marx descubrirá en el creador del materialismo histórico no un judío saduceo, materialista, sino, más bien, como un Dostoyevsky, un cristiano,

un alma agónica, un espíritu polémico. Y que quizá le dará razón a Vasconcelos cuando afirma que el atormentado Marx está más cerca de Cristo que el doctor de Aquino (Mariátegui: 1978, 120).

La espiritualidad de su obra nunca ha sido ignorada por Marx. “Un fantasma recorre Europa, es el fantasma del comunismo”, inicia así el *Manifiesto comunista* y termina con su legendaria consigna internacionalista: “Los proletarios no tienen nada que perder en ella más que sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo que ganar”. En el mismo texto donde Marx condena la religión señala, con la gran prosa que lo distinguía, que existían elementos materiales y espirituales en la revolución obrera: “Así como la filosofía encuentra en el proletariado sus armas *materiales*, el proletariado encuentra en la filosofía sus armas *espirituales*” y concluye: “*La emancipación del alemán es la emancipación del hombre. La cabeza de esta emancipación es la filosofía, su corazón el proletariado*” (Marx y Engels, 1967: 15).

La actitud de Mariátegui frente a la religión es muy similar a la de la “Construcción de Dios” del grupo encabezado por Lunacharsky y secundado por Gorki y otros. “El socialista —sostenía Lunacharsky— es más religioso que un creyente a la antigua usanza” (Rosental, 1980: 114), sus objetos de adoración son más reales: la colectividad humana y el cosmos. Por supuesto, a Lenin le enfurecían estas ideas y polemizó acremente con la escuela del *Proletkult* en más de una oportunidad. Los “constructores de Dios” fueron finalmente persuadidos por el líder y abandonaron esas ideas. Es obvio, en contraste, utilizando la acepción mariáteguiana del concepto, que Lenin era también un ferviente religioso del comunismo, para él el marxismo era “todopoderoso” ni más ni menos que para Mao las masas eran “sus dioses”.

Hay más, Federico Engels (1957) había encontrado el lazo fraterno que existe entre el comunismo y el cristianismo:

Ambos, el cristianismo y el socialismo obrero predicaban una próxima liberación de la servidumbre y la miseria; el cristianismo trasladaba esta liberación al más allá, a una vida después de la muerte, en el cielo; el socialismo la situaba en este mundo, en una transformación de la sociedad. Ambos son perseguidos y acosados, sus seguidores son proscritos y sometidos a leyes de excepción, unos como enemigos del género humano, los otros como enemigos del gobierno, la religión, la familia, el orden social. Y a pesar de todas las persecuciones e incluso directamente favorecidos por ellas, uno y otro se abren camino victoriosos, irresistiblemente.

Así, para Engels no solo coincidían ambos por su carácter revolucionario y plebeyo, sino también por su espíritu de lucha y su fe en la victoria. Engels condenaba al oscurantismo del idealismo, el medioevo, y, digamos, de Lutero, pero admiraba a Tomás Münzer, el místico, el religioso, predicador y hereje, el revolucionario, agitador del campesino alemán alzado en rebelión (Engels: 1971: 63-72). Mariátegui, de igual manera, también había condenado el medievalismo de la religión católica y descartó toda solución eclesiástica del problema del indio, a la vez que apreciaba a cuáqueros y judíos.

Si la religión es el ascetismo por excelencia, entonces el comunismo es la más pura de todas las religiones. El fanático del Jiddah y el cristiano de los primeros tiempos dan su vida por una causa, esperando ser luego recibidos en el paraíso; el combatiente vietnamita y el obrero bolchevique también entregaban su vida, pero, imbuidos de materialismo, eran conscientes de su total e inminente desaparición. No puede existir mayor altruismo. Quizás sea parecida la razón por la que el Amauta decía: “Y nunca nos sentimos más rabiosos y eficaces y religiosamente idealistas que al asentar bien la idea y los pies en la materia” (1977: 250).

Finalmente para este texto, que no agota en nada el estudio del pensamiento de Mariátegui, es hora de tocar otro de los conceptos más místicos del Amauta: El mito. José Carlos ve en los mitos los grandes ideales que persigue la humanidad, los estados de ánimos populares y pasionales. He aquí la hermosa declaración del Amauta sobre el “mito” de la revolución:

Lo que más neta y claramente diferencia en esta época a la burguesía y al proletariado es el mito. La burguesía no tiene ya mito alguno. Se ha vuelto incrédula, escéptica, nihilista. El mito liberal, renacentista, ha envejecido demasiado. El proletariado tiene un mito: la revolución social. Hacia ese mito se mueve con una fe vehemente y activa (1959a: 22).

La ciencia, la razón, decía, no podían ser verdaderos mitos. Mariátegui, como Gramsci, combaten pues todo positivismo, todo cientificismo. Tergiversando este hecho, se suele decir sin mayor justificación que ambos se divorcian así del marxismo “ortodoxo”, de Engels, de Lenin. Y si bien existe variedad en sus críticas, los clásicos del marxismo no solo han criticado el positivismo, sino que lo han aborrecido siempre. Ser materialista significa aceptar la idea “metafísica” de materia que tanto aturde al teórico del positivismo. Para este solo hay hechos, datos, impresiones y precepciones; toda ontología, toda causalidad, sustancialidad, etc., es metafísica pura. El positivismo ha sido atacado por el marxismo desde diferentes frentes. Engels opuso al empirismo de los naturalistas la filosofía de la dialéctica. El enemigo principal de Lenin en el terreno filosófico fue el empiriocriticismo, la más positivista de todas las escuelas de pensamiento. Y lo que es más, ambos fueron organizadores revolucionarios, apasionados, agonistas. Con razón el Amauta (1987: 46) dice: “La bancarrota del positivismo y del cientificismo, como filosofía, no compromete absolutamente la posición del marxismo. La teoría y la política de Marx se cimentan invariablemente en la ciencia, no en el cientificismo”.

“El racionalismo no ha servido sino para desacreditar a la razón”, “ni la Razón ni la Ciencia pueden ser un mito”, sentenció Mariátegui (1959a: 18). Son mitos de la burguesía “la Razón, la Evolución, el Progreso” (1959b: 143). ¿No era la razón el ideal del marxismo, no le rinde el mismo culto que la burguesía? A pesar que se tienda a una respuesta afirmativa, el marxismo también se distingue del ideal del “reino de la razón” de la burguesía. La teoría de los mitos que Mariátegui extrajo de Sorel, no tiene correlato en los teóricos marxistas más que en Gramsci. Sin embargo, la actitud de contraponer los grandes ideales de la humanidad, expresados en diferentes momentos históricos y abanderados por diferentes clases sociales, es algo que vemos ya presente en los estudios sumarios de Engels. Notemos las similitudes con Mariátegui:

Todas las formas anteriores de sociedad y de Estado, todas las ideas tradicionales, fueron arrinconadas en el desván como irracionales; hasta allí, el mundo se había dejado gobernar por puros prejuicios; todo el pasado no merecía más que conmiseración y desprecio. Solo ahora había apuntado la aurora, el reino de la razón; en adelante, la superstición, la injusticia, el privilegio y la opresión serían desplazados por la verdad eterna, por la eterna justicia, por la igualdad basada en la naturaleza y por los derechos inalienables del hombre.

Y, en la última parte del texto, refiriéndose a la revolución socialista, concluye: “Es el salto de la humanidad del reino de la necesidad al reino de la libertad” (s/a: 448). Si la razón para Mariátegui es el mito de la burguesía, para Engels fue el soñado “reino de la burguesía”; y si la libertad, la igualdad y la justicia como ideales burgueses han sido para Engels traicionados, para el Amauta están desgastados. En ambos casos no se puede ya perseguirlos. “La lucha final por la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad”, era en el Amauta el mito de la revolución francesa. “Menos de un siglo y medio ha bastado para que este mito envejezca” (1959a: 25). Sin

duda, el gran ensayista conocía el texto de Engels en cuestión, *Del socialismo utópico al socialismo científico*. El lazo podría ser más que indirecto.

La interpretación idealista de la obra de Mariátegui acude exclusivamente al texto al que se ha hecho referencia, “El hombre y el mito”, tan manoseado y mal entendido. No es usual, sin embargo, presentar los comentarios de Mariátegui respecto a los mitos de los dos bandos enfrentados en la Primera Guerra Mundial. Para el Amauta los de la Triple Entente fueron decisivos: el “mito de la guerra de la Civilización contra la Barbarie” (1979: 26), el “mito de la guerra democrática” (28). Escribió en sus notas: los “aliados más que prédica de intereses, prédica de ideales”. “La fuerza de los aliados consistió, precisamente, en estos mitos. Para los austro-alemanes, guerra militar. Para los aliados, guerra santa, cruzada por grandes y sacros ideales humanos” (36). Mezquinamente se podría tildar esta lectura de idealista, por concentrarse en los “mitos” más que a las intenciones económicas y políticas. No obstante, la historia parece haberle dado la razón a Mariátegui, la Guerra de Vietnam no la ganaron los indochinos por poseer mejor armamento bélico ni una economía más sólida, sino porque sus ideales habían encarnado en lo más profundo de su pueblo, era el mito de la “liberación nacional” más que el mito de la revolución socialista. El mito yanqui de la “guerra contra el comunismo”, contra “el imperio del mal”, fue siempre débil, poco popular, y si se impuso finalmente a la ideología comunista es porque esta como “mito” llegó a desgastarse todavía más.

El artículo de Mariátegui “El mito de la nueva generación” ha sido también silenciado, y debe enfadar a todos los que se han creado un Mariátegui mistificado, espiritualista puro, anti-analítico. Aquí la forma de abordar el problema se muestra mucho más analítica. Hacia 1928 y en adelante el marxismo en Mariátegui comienza a penetrar con mayor plenitud en su pensamiento, se

autodenomina “marxista convicto y confeso”, crea su Partido con el “método marxista-leninista”, rompe con el APRA y denuncia el oportunismo de quienes se apartan del espíritu y el programa obrero; sus estudios se tornan más racionalistas aun sin abandonar términos como el de “mito”, estudia la religión en el Perú a la luz del materialismo histórico, generaliza leyes, etc. El método histórico usado por Mariátegui en sus estudios debe ser aplicado a la evolución misma de su pensamiento. Se propone pues nuestro gran pensador su interpretación del mito de la generación europea del 19, “cuya justa evaluación, cuyo justo análisis es tiempo de emprender” (1987: 111). Mariátegui no se deja llevar por ningún encanto irracionalistamente utópico. Refiriéndose a André Chamson advierte: “el contagio de su exaltación no debe turbar la serenidad de nuestro análisis, precisamente porque en este proceso de la nueva generación, nosotros mismos nos sentimos en su causa” (112). Con total fraternidad pero con espíritu crítico, Mariátegui le reclama a las teóricos de la juventud su “sentimiento mesiánico, romántico”, “a veces delirante”; el verdadero mito de la Revolución el 19 era la Revolución proletaria. Para Mariátegui el mito no puede ser un mero sueño ilógico, una vacua utopía, tenía que ser factible y dirigida por la razón y la sensatez de sus conductores. A la “nueva generación” contrapuso los guías de la epopeya bolchevique: “Lenin, Trotsky, Stalin, procedían de una generación madura, templada en una larga lucha. Y hasta ahora la “abstracción triunfante de la revolución del 19” cuenta muy poco en la historia, al lado de la obra concreta, de la creación positiva de la U.R.S.S.” (115-116). Hasta ahora.

Este es el espíritu concreto con el que Gramsci estudió el ideal de Maquiavelo, valiéndose de la teoría de los mitos de Sorel. El mito soreliano es para Gramsci, “una ideología política que no se presenta como un fría utopía, ni como una argumentación doctrinaria, sino como la creación de una fantasía concreta que actúa sobre un pueblo disperso y pulverizado para suscitar y

organizar su voluntad colectiva” (1980: 10). Ni racionalismo absoluto ni irracionalismo a ultranza. Fantasías concretas.

Pero si Sorel, Gramsci y Mariátegui fueron las mentes brillantes que estudiaron los mitos, Lenin y Mao Tse-tung fueron quienes condujeron el mito de la revolución socialista, el que había cautivado al Amauta. Fueron ellos sus soñadores y sus realizadores, que fundieron el proyecto de Marx con la voluntad colectiva de las masas en los países más grandes del mundo. A esto arriba el líder de los bolcheviques cuando reflexiona: “Es preciso soñar, pero con la condición de creer en nuestros sueños. De examinar con atención la vida real, de enfrentar nuestra observación con nuestro sueños y de realizar escrupulosamente nuestra fantasía”. A este ideal había consagrado su vida nuestro gran escritor, José Carlos Mariátegui.

Los mitos sorealinos, mariateguianos, son perfectamente equiparables a los “grandes relatos” de Jean François Lyotard. Pero la crítica del filósofo francés carece de la misma fuerza especulativa que la de los teóricos del marxismo; más aún, carece de seriedad, de objetividad y se hunde en un pesimismo poco acorde con los hechos reales, pese que en apariencia luzca plausible. La teoría del mito ofrece un excelente método para estudiar no solo por qué el ideal del comunismo fue socavado, sino sobre su posibilidad de renacimiento o renovación; sobre hasta qué punto la mentalidad “posmoderna” se halla castrada de mitos, sobre en qué medida son verdaderos los mitos de la globalización y la democracia, el mito islámico, el “socialismo del siglo XXI”.

José Carlos Mariátegui de esta forma no solo nos ofrece encomiables estudios sobre la realidad nacional e internacional de su tiempo, sino una manera de interpretar el sentir colectivo, la “emoción de nuestro tiempo”, nos brinda un enfoque invaluable para arribar a conclusiones propias, actuales. El Amauta combinó el estudio del “mito” con sus penetrantes análisis sobre economía y

ALONSO CASTILLO FLORES

política y, lo que es más, propuso una salida para afrontar los problemas de su realidad: No se contentó con escribir, tampoco con agitar y denunciar. Le dio a las masas trabajadoras un programa, les permitió crear sus propias herramientas sindicales y partidarias que iluminó con su ejemplo de líder creativo y sacrificado, entregado a los más puros ideales que le dictaba su latir revolucionario de hombre combativo, de espíritu polémico, de alma agónica.

Bibliografía consultada

- Gramsci, Antonio. (1971). *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- _____ (1977). *Escritos políticos*, volumen II. Lisboa: Seara Nova (Coleção Universidade de Livre).
- _____ (1980). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Madrid: Nueva Visión.
- _____ (1981). *Escritos políticos (1917-1933)*. México D. F.: Pasado y Presente.
- _____ (2013). *Antología*. Madrid: Akal.
- Engels, Friedrich. (1957). “On the history of early Christianity”,
<https://www.marxists.org/archive/marx/works/1894/early-christianity/>
- _____ (1971). *Las guerras campesinas en Alemania*. México D. F.: Grijalbo.
- Lafargue, Paul. (2001). “El método histórico”,
marxists.org/espanhol/lafargue/metodo.htm.
- Lazzarino del Grosso, Anna María. (2013). “Gramsci e Mariátegui” en *Quaderni di Casa America*, Anno VI, número 1, *Il pensiero politico in America Latina*, pp. 22-27.
- Liotard, Jean-François. (2000). *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra.
- Mariátegui, José Carlos. (1959a). *El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy*. Lima: Amauta.
- _____ (1959b). *La escena contemporánea*. Lima: Amauta.
- _____ (1959c). *La novela y la vida*. Lima: Amauta.
- _____ (1975). *Cartas de Italia*. Lima: Amauta.
- _____ (1977). *Ideología y política*. Lima: Amauta.
- _____ (1978). *Signos y obras*. Lima: Amauta.
- _____ (1979). *Historia de la crisis mundial*. Lima: Amauta.

- _____ (1980a). *Figuras y aspectos de la vida mundial II*. Lima: Amauta.
- _____ (1980b). *Figuras y aspectos de la vida mundial III*. Lima: Amauta.
- _____ (1980c). *Temas de nuestra América*. Lima: Amauta.
- _____ (1985). *El artista y la época*. Lima: Amauta.
- _____ (1988). *Defensa del marxismo*. Lima: Amauta.
- _____ (2001). "Lenin".
Marxists.org/español/mariateg/1924/mar/lenin.htm.
- _____ (2002). *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Amauta.
- Marx, Carlos y Engels, Federico. (1966). *Escritos económicos varios*. México D. F.: Grijalbo.
- _____ (1967). *La sagrada familia*. México D. F.: Grijalbo.
- _____ (s/a). *Obras escogidas*. Moscú: Progreso.
- Melis, Antonio. (1979). *Mariátegui, primer marxista de América*. México D.F.: UNAM.
- Nietzsche, Friedrich. (2006). *Fragmentos póstumos*, volumen IV. Madrid: Tecnos.
- Prado Redondez, Raymundo. (2007). *El marxismo de Mariátegui*. Lima: Mantaro.
- Rosental, M. M. (1980). *Diccionario filosófico*. Lima: Pueblos Unidos.
- Rosenthal, Bernice Glatzer. (1994). *Nietzsche and Soviet culture: ally and enemy*. Cambridge: Cambridge University.
- _____ (2002). *New myth, new world. From Nietzsche to Stalinism*. Pensylvania: State University.
- Rouillon Duharte, Guillermo. (2013). *Mariátegui, suscitador de peruanidad*. Lima: UNMSM.
- Salvatecci, Hugo García. (s/a). *Georges Sorel y J. C. Mariátegui*. Lima: Universo.

Sobrevilla, David. (2005). *El marxismo de Mariátegui y su aplicación a los 7 ensayos*. Lima: Universidad de Lima.

_____ (2012). *Escritos mariateguianos*. Lima: Universidad Inca Garcilaso de la Vega.

Valdivia Cano, Juan Carlos. (2015). *La voluntad de crear. Método e intuición en Mariátegui*. Arequipa: Texao.